

SÁBADO POR LA MAÑANA

Abro los ojos. La pequeña lamparita azul sobre su mesita de noche me permite entrever lo que hay a mi alrededor. Está dormido, después de una larga noche de insomnio y de deambular por la casa parece que ha sucumbido a los brazos de Morfeo. Anoche decidí no discutir, lo dejé hacer, hoy es sábado y no madrugo. Hoy no tengo que salir a las cuatro y media como cada día. Atravesar la ciudad bajo tierra, disfrazada con el uniforme de una empresa de limpieza. Mochos, escobas y demás utensilios descansan en los cuartos de aguas a la espera del lunes. Cuartos de aguas tan oscuros como este lugar.

No sé en qué momento decidí cambiar mi acogedora y clara habitación por esta otra de un lúgubre entresuelo que da a un oscuro patio de luces. Ni siquiera entra un ápice de claridad del exterior. Pensé que sería más fácil cuidar de él, que unos temblores de manos no serían impedimento para poder controlar la situación. Si solo fuera eso. Si esta enfermedad fuesen solo esos temblores, el problema no sería tal.

Me levanto despacio, sin hacer ruido. Voy a bajar al bar de la esquina a tomar un café. Es mi único momento de tranquilidad para sentir el aire fresco, la luz de la calle, hablar con cualquiera que se siente en la mesa de al lado y que tenga una conversación coherente. Sin encender la luz voy al baño. Después del pipi de rigor me lavo las manos y la cara. La mujer del otro lado del espejo me mira lanza una mirada extraña, estoy segura de que no me reconoce. No pienso decirle nada, sé que tiene razón, pero ahora no tengo ganas de discutir. Me pongo la chaqueta, cojo el bolso, las llaves y...

_ ¿Dónde vas? _ dice al darse cuenta de que pretendía escapar.

_ A tomar un café. Duerme un rato más, aún es pronto.

No consigo convencerlo, quiere acompañarme. La irritación cae sobre mí como una pesada losa. El café tendrá que esperar todavía un poco más. Aprieto los dientes para no gritar. Con la noche que ha dado, bien podría dormir un poco. Suelto el bolso y me quito la chaqueta, empieza el festival.

Retiro las mantas y estiro de sus piernas para sacarlas de la cama, después de sus brazos, hasta dejarlo sentado. Le traigo su medicina, levodopa y omeprazol, que mira con desconfianza. El agua resbala por la comisura de los labios, le moja la barba. Le pongo la camisa, no sin dificultad, la rigidez de su cuerpo dificulta pasar los brazos por las mangas, luego el pantalón. Ahora, antes de levantarlo viene lo más difícil, los zapatos.

_ Empuja un poco, por favor _ pero no hace ningún esfuerzo. No puedo ponerlos si no pones de tu parte _ le digo.

Silencio total. Ha querido decir algo, pero de su boca solo sale un hilo de baba que cae sobre el pantalón. Intenta restregarlo con un pañuelo de papel. No le gusta ir manchado, en cambio la ducha se ha convertido en una lucha constante. Es increíble cómo ha cambiado. El hombre guapo y elegante de las fotografías, se ha convertido en un espantapájaros. Es como aquella escoba que vestimos con la camisa y el pantalón de mi padre la noche de San Juan, y que ardió en la hoguera en cuestión de segundos.

_ No te preocupes, no deja mancha, se secará _ le digo al ver que no cesa en su empeño de quitar esa mancha de baba del tejano.

Con esfuerzo consigo ponerlo de pie. Antes de abrocharle el pantalón le digo que vaya al baño. Tropezaba con la silla del ordenador. Al final del pasillo la ventana del comedor está abierta. Me dice que cierre las cortinas, que el hombre de los prismáticos lo mira desde el balcón de enfrente. Cierro la cortina, ya me cansé de decirle que allí no hay nadie, que quizás sea la rama del platanero. Él lo ve, no puedo llevarle la contraria. Estas alucinaciones son cada vez más frecuentes. Las discusiones sobre ellas también.

Después de orinar le abrocho el pantalón y le peino. Al fin parece que está listo. Le pongo la chaqueta con la misma dificultad que la camisa, me vuelvo a poner la mía y cojo las llaves. Busca algo, le pregunto y no responde. Después de soplar y resoplar cabreada, me dice que alguien le ha robado su cartera.

_ ¿Alguien? Aquí solo estamos tú y yo. Mírala, está aquí.

Esto es el pan de cada día, siempre pierde algo. La cartera está sobre la mesa, no sé si en realidad no la ha visto o si solo quería llamar mi atención. Coge la cartera, las tarjetas de autobús, bolígrafos, la agenda y pañuelos. Los bolsillos de la americana van a reventar. Es inútil preguntar para qué necesita todo eso, solo vamos a tomar un café. Para qué quiere los bolígrafos si ya no puede escribir, si la tinta se convierte en borrones negros. Es un ritual que me desquicia. Supongo que dentro de su cerebro aún queda esa manía del abogado perfeccionista que fue. Esa obsesión por tenerlo todo controlado.

Son tan lentos sus movimientos, tan temblorosas sus manos que la espera se me hace eterna. Siempre soy yo la que tengo que renunciar a todo. Renuncio a salir de paseo, a la playa en verano, a los cafés con las amigas y a otra infinidad de cosas. Imaginar que lo arrastro del pelo me tranquiliza por un instante. Es un pensamiento intrusivo, no puedo evitarlo. Sueño con salir corriendo, dejarlo allí, pero sé que no entendería el porqué. Quiero gritar, pero me contengo y abro la puerta, a ver si al ver que me marcho se da prisa.

_ ¿Has cerrado la puerta del patio? _ pregunta mientras se da la vuelta y vuelve a la cocina a paso lento tropezando con la escoba.

Se imagina al vecino saltando la pared que separa los patios y entrando a robar. Me enerva esa desconfianza. Siempre piensa que le roban, que le timan con los tickets de compra. Me pregunto si siempre ha sido así o es parte de la enfermedad. Siento rabia al pensar que los demás creen que no es tan difícil. Cuando les digo que tengo prisa, que no puedo dejarlo solo tanto tiempo no lo entienden. Párkinson, igual a temblores, así de sencillo. Si solo fuera eso. Los temblores son lo mínimo, está la rigidez, los dolores de espalda, la dificultad para tragar, para hablar y sobre todo el mal carácter, la desconfianza. De la alteración de horarios, mejor no hablar. Las noches sin dormir están acabando conmigo. Pronto las ojeras me colgaran casi tanto como las tetas.

Aunque solo sea un piso no puede bajar por las escaleras y cogemos el ascensor. Le doy un beso. Es mi manera de pedirle perdón por mi falta de paciencia, por mis gritos y

resoplidos. También así me perdono a mí misma. Me perdono algo por lo que no debería pedir perdón. Si a alguien he de pedir perdón es a mí misma por no cuidarme. La mujer del espejo me lo recuerda cada mañana, pero qué quiere que haga. Lo miro con ternura, en el fondo siento una lástima infinita. Por fin, una hora más tarde de lo esperado, salimos a la calle. A paso lento y sin dejar de quejarse del dolor de pies llegamos hasta el bar.

Mi momento de relajación ha desaparecido. He de poner el azúcar en el café, menearlo y acercárselo a la boca. A duras penas consigo contestar los mensajes de buenos días que he recibido, o dar un sorbo a mi café que se enfría mientras no para de reclamar mi atención. Ha apretado tanto el cruasán de chocolate que necesito cuatro toallitas húmedas para limpiarle las manos.

De repente se acabó el café. Se atraganta y el líquido sale disparado de su boca sobre la mesa. Por instinto me levanto deprisa y el mío se derrama sobre su pantalón. Tendré que volver a vestirlo, a colocarle los zapatos, volver a enfadarme. El día solo acaba de empezar. Entiendo por qué todos los que sí conocían la enfermedad han huido. Estamos solos él y yo. Él con el párkinson y yo con los dos.

Marta Carón Peña